

PEDESTALES DE BARRO

Miguel Alfaro



Ediciones Baile del Sol



Apdo. Correos, 133. 38280 Tegueste Tenerife. ISLAS CANARIAS
<http://www.bailedelsol.org> - E-Mail: bailesol@idecnet.com

I

La ventana parecía recortar sobre la noche de Madrid un cuadro vivo en el que se encendían y apagaban en continua sucesión, como lágrimas viajeras, las gotas de una llovizna pertinaz.

Amalia, con el rostro empapado de agua y llanto, fue deslizándose hacia el suelo, lentamente, como una marioneta sin guía, ovillando su dolor dentro de sí, clavándolo en su carne para fundirlo en ella, porque era intensamente, trágicamente suyo.

De pronto, como una tierna llamada de consuelo, sintió un cosquilleo casi imperceptible, tal vez apenas sentido, y llevó sus manos temblorosas al vientre y lo cubrió con ternura, mientras murmuraba muy despacio, como una letanía pegajosa repetida una y otra vez hasta la obsesión: «Yo seguiré tu obra Juan, te lo prometo».

Sin embargo, el gesto contraído de su rostro, en esos momentos solo expresaba dolor y asombro, y su mente obnubilada no podía asimilar ni dar crédito a lo que le estaba sucediendo.

Hacía apenas unas horas, desde el Obispado de Buenos Aires, la voz de su amado anunciándole su inminente partida hacia Madrid, la sumió en la espera tensa de los grandes acontecimientos.

Por fin iban a reunirse nuevamente; por fin podría colgarse de su cuello, decirle cuanto lo amaba y dejar que acariciara su vientre repleto de ilusiones vivas.

Pensó que los peligros ya habían pasado como pasan las pesadillas, que Juan volvería a sonreír, y, aunque a veces el recuerdo

de su madre y su lenta agonía en la que no pudo regalarle siquiera un beso de despedida nublase su sonrisa, ella sabría mitigar su tristeza con ternura, y al fin todo sería como antes.

La fina cicatriz de su mejilla no volvería a incendiarse de ira y de impotencia al recordar a sus amigos y su abortada operación para liberarlos, porque todo lo había intentado honrando su amistad y su conciencia, y solo le quedaría el dolor de saber que estaban atrapados sin remedio, y el amargo consuelo de haber llegado hasta el borde del abismo despreciando sus propios temores y sus dudas.

Pero ellos debían seguir adelante, mirar al futuro con la ansiedad y la alegría de los que esperan las caricias del hijo por venir y el optimismo de nuevas esperanzas, de proyectos por concretar y caminos por recorrer, un mundo perfecto, aunque frágil y quebradizo como el cristal, porque el odio no se agota fácilmente y va más allá de la compasión, el amor o el derecho; desgarrar y mata y se alimenta de su propia esencia.

Los regalos que había comprado esa tarde para llevarlos con Juan a sus compañeros y amigos de la Misión Africana estaban desparramados por el suelo, por la cama y el pequeño escritorio en completa confusión, como si algún mago misterioso hubiese arrojado su carga de fantasías de cualquier manera, con displicencia y casi con desprecio, para demostrar su hartazgo de mixtificador y revelar que la realidad se burla de los sueños.

Amalia, con el rostro extraviado, permaneció un largo rato acurrucada bajo el alféizar de la ventana, que había abierto de par en par para gritar a la noche su espanto y su delirio; pero aún así, conservaba un rayito de esperanza y decidió aferrarse a él; secó sus lágrimas a manotazos y se irguió lentamente tratando de recobrar el ánimo, alisó su cabellera castaña, acomodó sus faldas que habían trepado en la caída dejando al descubierto sus muslos alabastrinos, y con gesto decidido levantó el tubo del teléfono.

Después de varios intentos logró por fin comunicarse con el Obispado; la atendió el secretario visiblemente molesto porque

pensó tal vez que era otro periodista rezagado, pero al escuchar que se trataba de la esposa de Juan Estévez se hizo un gran silencio y luego un revuelo de voces y corridas nerviosas.

—Por favor, no se retire señora, Monseñor la atenderá enseguida.

A pesar que Amalia deseaba hablar directamente con el obispo, el anuncio del secretario le produjo escalofríos, como si hubiera tenido una certeza repentina, temblaron sus labios y temblaron sus piernas y, cuando escuchó las primeras condolencias, todo comenzó a darle vueltas, solo atinó a decir: «Viajo en el primer vuelo», antes de desmayarse.

Cuando Amalia escuchó al comentarista informando sobre el sangriento atentado en Ezeiza, contuvo el aliento porque sabía que en ese coche viajaba su esposo, y sintió que el mundo se derrumbaba a sus pies.

La voladura del coche suscitó las más disparatadas conjeturas, pero nadie imaginó que el blanco era Juan, el misterioso pasajero a quien el obispo pretendía proteger y llevarlo hasta la escalerilla misma del avión, sin sospechar que la demencia homicida lo alcanzaría en la mitad del trayecto. Todo era confuso, especialmente para la Iglesia, porque al tratarse de un atentado directo contra el coche de un alto dignatario eclesiástico, no se podía comprender de dónde había partido semejante orden, imposible de atribuir a cualquier connotación política o religiosa. Incluso, el Nuncio Apostólico mantenía una buena relación con el gobierno fáctico, y solía compartir ratos de ocio con algunos comandantes de la Junta Militar en el poder, arrogantes y encaramados a Pedestales de Barro amasados con sangre y lágrimas, de donde caerían irremisiblemente como todos los tiranos que la historia sepultó sin honores y sin gloria.

Ya en el vehículo del obispo camino a Ezeiza, Juan se había sentido seguro y fuera de peligro; y su mente voló hacia ella, hacia

Amalia, que lo estaría esperando con un tibio abrazo; y la imaginó colgada de su cuello susurrándole al oído que ya había comenzado su dulce espera de nueve distancias y el mundo se ensanchaba para contener su alegría.

Tal vez fue éste el último pensamiento de Juan, su última entrega de amor, el último mensaje que no esperaría respuesta.

Cuando Amalia bajó del avión en el aeropuerto de Ezeiza, un hombre vestido con traje negro y alzacuello flanqueado por otros dos, enarbolaba un cartel con el nombre de Sra. Estévez para identificarla. Más atrás, varios reporteros se paseaban nerviosos con sus cámaras listas a la espera de cualquier información de última hora.

Ella, con los ojos enrojecidos por el llanto silencioso de su larga noche de vigilia, fue abordada por cámaras y micrófonos intrusos hurgando en su drama, algunos muy cerca de su rostro, en medio de un desorden irrespetuoso por captar declaraciones exclusivas.

Todo le parecía irreal y hasta grotesco, y mantuvo un silencio envenenado para los pasquines sensacionalistas y sus preguntas de feria: «¿Qué pensó cuando recibió la noticia?, ¿esto va a cambiar su vida?, ¿qué se siente en casos como éste?»

Amalia creyó enloquecer de furia y temió que sus pensamientos cobrasen vida y saliesen disparados para gritarles su indignación, porque no comprendían su dolor y persistían en frivolidades morbosas; solo la prensa seria, presente también, se limitó a filmar su llegada guardando una objetividad respetuosa.

Los demás la persiguieron hasta los aparcamientos con las mismas preguntas, que por estúpidas resultaban hirientes.

Una vez en el coche, partieron rumbo a la Capital por las mismas avenidas y las mismas calles que hacía muy poco tiempo recorriera junto a Juan cuando volvieron de la misión africana, con muchas incertidumbres y esperanzas, y, por un instante, le pareció que el tiempo se había detenido en aquella mañana, sufrió una profunda confusión y tuvo que girar sus ojos de un costado a otro para convencerse que el hombre que viajaba a su lado, vestido de negro, era un extraño y que estaba sola, desesperadamente sola.

Al cabo de un rato el coche se detuvo frente a una gran escalinata y se vio rodeada de gente que se apretaba sobre los escalones y el pórtico de la nave, donde se había levantado la capilla ardiente para tributar las honras fúnebres a las tres víctimas del atentado.

Amalia, con ayuda de sus acompañantes, logró por fin atravesar la barrera humana, seguida por mil pares de ojos que trataban, en cada movimiento de su figura leve y en cada gesto de su rostro, ahora seco de lágrimas, descubrir historias secretas de lujuria y embaucamiento; miradas acusadoras que creían ver en Amalia a la advenediza que usurpaba una posición alcanzada tal vez con malas artes en la penumbra de la selva africana.

Pero ella, altiva y desafiante, ignorando el murmullo que se alzaba a su paso, siguió avanzando entre las dos hileras de bancos, sobre la alfombra que, piadosa, amortiguaba el golpeteo de sus tacos y de su corazón, que retumbaba en su pecho con fuerza inusitada.

Así, muy lentamente, llegó hasta el pie del catafalco donde descansaban los restos de Juan; y sus labios, trémulos por la compulsión del llanto y el esfuerzo por detenerlo, se posaron en la superficie lisa y brillante de la caja fría, en un hondo beso de despedida que le supo a madera de robles y almendras amargas.

Luego, giró en redondo, y a través del velo de sus lágrimas, vio rostros amorfos y figuras grotescas que parecían bailar delante de ella, hablaban en voz alta de moral cristiana y ocultaban pecados de complicidad y silencio.

Pensó que entre esa multitud que colmaba el recinto, se encontraría tal vez el criminal que había segado la vida de su esposo y hasta los responsables que hacían posible la impunidad a ultranza; y los recorrió con la mirada, uno a uno, para penetrar en sus pensamientos más profundos.

Pero la hipocresía es coraza, y algunos, de ojos esquivos, se esforzaban en demostrar profundo dolor; y sintió repulsión por esa farsa de honores póstumos a víctimas de su propio régimen; tuvo que contener la náusea, pero todos sintieron la sensación de esa gran arcada de fuego que los envolvió, y se removieron inquietos.

Al terminar la misa de cuerpo presente, los ataúdes fueron llevados a pulso por clérigos y militares hasta los coches fúnebres alineados en la calle.

Amalia caminó detrás de ellos y apenas rozó con dedos temblorosos la caja que había besado con unción a su llegada, mientras sus labios se movían imperceptiblemente en una callada oración que se resistía a compartir con nadie.

Y partió el cortejo, con escolta y sirenas abriendo camino entre el tráfico indiferente de Buenos Aires.

Cuando llegaron a la necrópolis, un nutrido grupo de personas esperaban a las puertas, y deudos y amigos se fueron dividiendo para marchar detrás de cada féretro.

Amalia marchaba también, flanqueada por los hombres que la habían recogido en el aeropuerto —de los que no se había separado—, con la garganta reseca y los ojos húmedos.

Parecía ajena a todo lo que ocurría a su alrededor, pero estuvo a punto de desmayarse al llegar al panteón familiar de los Estévez Miró, cuyas puertas de bronce macizo y vitrales, ya estaban abiertas de par en par como fauces.

Allí quedaría una víctima más de la codicia y el odio irracional de los hombres, tronchada su vida y sus obras de amor y compasión para sus semejantes. Porque Juan también amó, sin sayo ni sandalias, pero vestido de bata blanca, curando y atendiendo enfermos hasta el agotamiento y dando consuelo al desolado.

Sufrió como propio el dolor Universal y muchas veces preguntó: ¿Por qué?, sin obtener respuesta; y pidió luz desde el fondo de su alma, pero con cada golpe de aldaba surgía un monje con un nuevo Dios por capitán.

Desechó entonces a los que enjoraron sus cabezas con cetros misteriosos y trocaron el jarro de latón en copa de oro; y se dejó seducir por la grandeza humilde del padre Alonso que conoció en la Misión Africana, párroco de la pequeña capilla de barro y paja, que repartía pan a los hambrientos y desinfectaba heridas putrefactas con sus manos callosas de trabajo solidario; y comprendió entonces

el mensaje místico de confraternidad, tantas veces olvidado, y confortó su espíritu, pero sin encontrarle sentido a tanto sufrimiento.

Tal vez ahora que se cerraban las puertas del panteón, y todos se alejaban por las estrechas callejas, su yo trascendente obtuviese la respuesta que buscaba.

Y al fin quedó solo, como quedan los muertos, en la soledad inabarcable donde acaban los sueños, donde se cierra, inexorable, el velo del arcano, sin fisuras ni resquicios por donde otear más allá del silencio; en el lugar exacto donde se resuelven en polvo indiferenciado el menesteroso y el opulento.

Amalia, pálida y temblorosa como una imagen de cera, no volcó su llanto ardiente sobre ningún pecho extraño a su dolor en la postrer despedida, y también quedó sola, con la mirada extraviada entre ángeles crípticos y estatuas de rostros surcados por lágrimas de piedra, escuchando el murmullo de la gente que se apagaba a lo lejos.

De pronto, como si se desprendiese del mármol negro que cubría la fachada del último mausoleo de la calle, una figura vestida de luto avanzó hacia ella, enjugando su cara con el pañuelo blanco que le caía sobre los hombros. La llamó por su nombre dulcemente, y abrió los brazos para recibirla.

—Ven hija mía, yo también comparto tu dolor.

—¿Quién es usted? —Le preguntó la joven con cierto recelo.

—Soy doña María; estoy segura que alguna vez Juan te habrá hablado de mí, de don Vittorio, de sus amigos.

—Sí, sí, entonces, ¿usted es la madre de Roberto? —Volvió a preguntar Amalia, cada vez más sorprendida.

—Sí querida, de Roberto y de Rosita, por la que ahora llevo luto en mi corazón —respondió la anciana con voz quebrada.

—¿Cómo sabe? —Pero no pudo terminar la frase.

—Ahora lo sé, lo sé todo —dijo doña María con resignación; Amalia se arrojó a sus brazos y lloró como no lo había hecho nunca.

Se quedaron así un largo rato; doña María le acariciaba los cabellos con ternura, acunándola en su pecho como hubiese queri-

do acunar a la hija que había perdido en la frialdad de una celda, sin el consuelo de su amor de madre ni el amparo de sus brazos, que ahora rodeaban el cuerpo estremecido de Amalia.

—Llora hija mía, llora hasta que tu soledad se llene de recuerdos buenos, y aprendas a vivir con ellos a pesar de todo.

—¿Pero por qué esto, Dios mío, por qué?

—No preguntes por qué o te volverás loca.

Doña María, mientras le hablaba, la iba llevando suavemente hacia la calle. Quería alejarla de aquél lugar porque presentía la última explosión del adiós definitivo; y así abrazadas, iniciaron una marcha vacilante entre las primeras sombras del ocaso y el tañido de campanas lejanas llamando a las fieles beatas.

Cuando llegaron al portón de acceso, los coches del cortejo ya habían partido.

Sobre la calle solitaria, una vieja florista barría los pétalos desparramados en la vereda y recogía en jarrones las rosas que no había podido vender para ofrecerlas al día siguiente a otros deudos, antes que se marchitaran.

Pero a pesar de estar familiarizada con el dolor y el llanto; cuando los gorriones callaban y el viento entre los cipreses parecía despertar antiguas plañideras, todo se volvía irreal, y hasta el roce de una hoja en el asfalto la estremecía.

Doña María, con cierto desasosiego también, miró a los costados esperando encontrar un coche de alquiler —en aquellos lugares siempre quedaba alguno a la espera del cliente rezagado— le hizo señas para que se acercara, y el conductor, somnoliento, bajó la banderita de libre y preguntó:

—¿Adónde?

—A San Telmo —respondió doña María sin dar tiempo a Amalia para contestar.

—Ven conmigo —le dijo a modo de disculpa—. Yo también estoy sola, y mi cuarto está lleno de recuerdos que quiero compartir.

Era como una súplica, Amalia se sintió conmovida y se dejó

llevar, como una niña perdida, aferrada a las manos rugosas de la anciana.

El viejo conventillo estaba en ruinas; los grandes edificios colindantes se cernían sobre él como monstruos voraces, y las brechas abiertas en las paredes se ensanchaban día a día advirtiéndolo su derrumbe cierto.

Las dos mujeres, indiferentes a la curiosidad de las vecinas, avanzaban entre baldosas rotas y baldosas sueltas, esquivando las salpicaduras de agua sucia, hasta que llegaron frente a una puerta antigua de dos hojas, de color indefinido, carcomida y cuartada por el sol y los años expuesta a la intemperie; protegida a medias por una cortina de juncos que se inclinaba a un costado porque los hilos resecos ya no aguantaban su peso y se iban quebrando uno a uno.

El picaporte había desaparecido, y en su lugar dos alcayatas y un candado hacían de cerradura. Doña María empujó la hoja con esfuerzo, porque sus goznes vencidos hacía que rozara contra el piso.

Entraron por fin a la vivienda de la anciana, que constaba de dos habitaciones comunicadas entre sí por una puerta divisoria; ahora clausurada y cubierta por una espesa manta.

Allí guardaba doña María los recuerdos más queridos, en un tiempo había sido el dormitorio de ella y de don Vittorio, y el pequeño entrepiso al que se accedía por una escalerilla, el rincón de Rosita cuando estaba soltera; la otra estancia servía de comedor, y, en su lateral izquierdo estaba arrumbado el sofá donde dormía Roberto, que debían abrir de noche y recoger a la mañana.

Eso era todo lo que don Vittorio había podido conseguir en una vida de trabajo.

Al entrar, Amalia sintió una sensación de agobio en el pecho; parecía que el alma de las cosas se quejaba con el crujido de los muebles resecos. En cada paso que sonaba a hueco sobre el piso de

madera, y en el balanceo esporádico de la mecedora, refugio de don Vittorio en sus últimos meses, ahora vacía.

Ella estaba acostumbrada a la sencillez y la humildad, pero esto era distinto, y sintió escalofríos al pensar en la soledad de aquella mujer, de aspecto frágil y decisión inquebrantable, que cada jueves paseaba su denuncia muda alrededor de una plaza y desafiaba la prepotencia con un pañuelo blanco, que no entendía de ideologías ni política y no se dejaba enmarañar más allá de su protesta, pero mantenía la fe viva de los justos y el tesón del inocente.

Amalia, con honda tristeza, pensaba que todo era inútil. A pesar de la lucha, a pesar de la razón y el derecho, el poder fáctico subastó en moneda ruin el blanco talar de la justicia, y la disfrazó de mendiga.

Solo quedaba el consuelo de guardar la memoria; y la anciana la guardaba, y la sentía viva cada amanecer en aquel santuario de recuerdos donde alguna vez soñaron y rieron los que ya no estaban.

Las dos mujeres se miraron en silencio, como dos estatuas —las palabras se hubiesen congelado en el vacío— con angustia y una rebeldía sorda agazapada en las entrañas.

—Querida, estás temblando —dijo doña María—. Una taza de té nos vendrá bien —y se alejó hacia el patio donde se alineaban las cocinas de madera y Amalia quedó sola en medio de la habitación.

Un revoltijo sobre la cómoda le llamó la atención y se acercó lentamente. Justo hasta la mitad de la misma, amontonados y en completa confusión, había algunas tazas de café sin asas, un vaso con flores de trapo, desteñidas, un osito de peluche desteñido también, una figura de terracota sin nariz, y varios objetos más, y en el otro costado, una especie de pequeño altar con su carpeta de bolillos almidonada, impoluta, y al fondo, un crucifijo de madera, dos portarretratos, una rosa fresca recién arrancada de su tallo, y una vela apagada a medio consumir.

—Esos son Rosita y Sergio en el día de su boda —dijo la anciana por detrás de Amalia, y dejó las tazas de té sobre la mesa.

—¡Qué hermosa es!

—Sí querida, era muy hermosa, llena de vida y de ilusiones cuando se la llevaron... Ya no está —concluyó, con labios temblorosos que parecieron triturar las últimas palabras.

Amalia se dio vuelta y la besó en la frente llena de huellas profundas, indescifrables, como si besara en ella las arrugas de todas las madres que aún esperaban.

En el otro marco, desde la foto de tres amigos entrañables, los ojos chispeantes de Juan se clavaban en el fondo de su alma.

Este es mi hijo Roberto —susurró doña María.

—Y este es Carlos —prosiguió Amalia— lo conocí en el aeropuerto cuando volvimos de África —no pudo concluir, Juan la seguía mirando con esa ternura de niño grande que la había enamorado, y desató el llanto.

Esta vez, doña María la estrechó en sus brazos y la meció por un largo rato, dándole palmaditas en la espalda como a un bebé empachado de dolor. Al fin, cuando se hubo serenado, Amalia tomó entre sus manos el rostro venerable de la anciana, como si fuese una reliquia recién descubierta.

—Quiero que venga a vivir conmigo, ya no puedo dejarla sola.

—No querida, no estoy sola; tú eres joven y algún día te llegará la resignación; en cambio yo no tengo tiempo, y aquí está todo lo que me queda —extendió los brazos y señaló el cuarto, en un ademán que abarcaba sus pobres pertenencias como si fuesen un tesoro inapreciable. Se quedó en silencio unos momentos, acariciando con nostalgia uno a uno cada objeto.

—Desde esta mecedora me llamaba don Vittorio, y yo apretaba sus manos retorcidas para que se calmara; en ese sofá dormía Roberto, yo lo despertaba todas las mañanas con el mate preparado; Rosita, siempre apurada, tomaba el café con leche en ese tazón roto, y...

—Basta doña María, todo esto le hace mucho daño, no puede revivir el pasado a cada momento y destruirse como lo está haciendo; aquí no tiene más nada que hacer.

—Te equivocás; aún tengo que recuperar a mi nieto, que también me arrebataron.

Amalia la miró conmovida. El té se enfriaba lentamente...